

ABRIL, Gonzalo, *La nostalgia del texto*.

Al principio era el Verbo, la Palabra de Dios. La modernidad cultural se alcanza, cuando haciéndose autónoma, la palabra llega ser a la vez minúscula y más grande que Dios mismo. Pero se pueden delatar en las razones centrales de la modernidad los residuos de la trascendencia teológica y hasta de la operación mágica: en la Filosofía de la Historia latía la promesa soteriológica, en el objetivismo del texto había desovado la Religión del Libro, en la *estructura* levistraussiana de los intercambios devenía el *mana* melanesio. Y así la modernidad, asesinato múltiple de Dios en un orient Express discursivo, sólo se hará posible ya de una forma mestiza, inconclusa y póstuma, descargándose de Historia, de Estructura y de gramática, sometida a la única sanción de *las* historias y de *los* diálogos en que las historias se generan. Aun cuando, siempre a ver más, filósofos alemanes no le faltarán al culto del trascendental Diálogo mayúsculo. Eso defiende, al menos, una de las historias supervivientes.

La *cultura teológica* desconoce la cita: no hay alteridad textual cuando la palabra está condenada a ser vehículo o epifenómeno pálido de la Palabra, o bien *Flatus vocis*. Bajtin descubre que la *cultura citacional* tiene su germen en el carnaval, en la risa grotesca con la que los pueblos desafiaron la cultura eclesiástica de la Edad Media; con la que no han dejado de desafiar, seguramente, las hegemonías (post) eclesiales.

En la *cultura citacional* hablar es *traducir*. No representar lo pre-scrito, la Ley, leída ya siempre previa e inamoviblemente, sino trans-scribir, desplazar, intervenir en la circulación de textos que hacen su textura en el proceso mismo de circular y dispersarse. No nos libraremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática, decía Nietzsche*, y seguramente, aún habiendo apostasiado de la gramática, la modernidad tardía tampoco ha logrado librarse de una teología humanística. Que, expurgada de los *objetos* (la Historia, la Estructura, el Libro...) se refugia en las *operaciones del sujeto*: la apertura, la inconclusión citacional nos entrega a la sanción de un Gran Tiempo Literario (Bajtin) que recrea el historicismo romántico. El sujeto desontologizado, escindido e inacabado de las polifonías textuales recupera una demiurgia precaria y heroica, a la vez situacional y arrebatada por corrientes profundas de acción y palabra colectivas, como la de los personajes y narradores de Beckett.

Zapping con la cultura literaria, muestreo cualitativo de la ilustración, utopía textual, nostalgia del texto. Nada más fragmentario e inconcluso, pero a la vez nada más enciclopédico, hasta más «coleccionístico» que un diccionario de citas: «amor-es como un hoyo», «aparentar-y ser», «providencia-y casualidad».

Paradoja constitutiva de un diccionario de citas: que siendo la más delatora expresión de la nostalgia del Libro (entendido ahora no como espacio de disciplina y ortodoxia, sino como virtualidad de todos los libros, como biblioteca de Babel, como doble simbólico del mundo) es a la vez un demoledor testimonio de su imposibilidad. Porque un diccionario de citas es un espacio por excelencia perspectivo, trazado a partir de una intención como poco «preteórica» que afecta a la selección de los autores, los temas, las épocas, los tonos.

* Cita no incluida en, ni autenticada por el libro que es pretexto de estos comentarios: Wenceslao CASTAÑARES y José Luis GONZALEZ-QUIROS, 1993: *Diccionario de citas*. Madrid. Nóesis.

El que comentamos es un diccionario erudito, pero sin prepotencia. Atento a los problemas de la tradición letrada: la verdad, el tiempo, la vida, el saber... pero también comprometido con la actualidad, y un punto irónico. En él se admite a los coetáneos étnicamente más próximos junto a los imprescindibles ancestros de la tribu (de Vázquez Montalbán a Virgilio). Un diccionario de Citas no sólo «recopila» la autoridad literaria (los clásicos), también «autoriza», crea la autoridad de los autores recientes.

Este es, en fin, como legítimo y genuino Diccionario de Citas un verdadero *trabajo de escritura y de estilo*, un *libro de autor(es)*.

Libro obsceno en la estantería del escritor/a, que lo ocultará a sus visitantes como una pornografía profesional. *Porné*, la prostituta, la cita que va de mano en mano. La evidencia de una «segunda mano» del habla ha roto con el mito del autor. Cierto. Pero el autor moderno, Musil, Joyce, Woolf, Eliot o Burroughs, no es entendible sin esa conciencia citacional que encuentra también una expresión, aparentemente instrumental, en los diccionarios de citas.

Sobre las citas, puede leerse en este Diccionario:

Peguy: «Las citas que no se verifican son las buenas». Y sin embargo este libro ha exigido un laborioso ejercicio de verificación y autenticación.

Bayle: «La exactitud en citar es un talento menos común de lo que se supone». El libro es una herramienta de la exactitud. Precisión: sucedáneo laico de la perfección.

Emerson: «Odio las citas». También: «La vida misma se convierte en una cita».

El Prólogo es una magnífica lección de semiótica intertextual, que vale por sí misma. Pero en él se apela a la fidelidad, a un ideal de autenticidad de la cita, pese a que ésta se constituya inevitablemente mediante la supresión (perspectiva, intencionada, preteórica) del co-texto y del contexto de enunciación. ¿No hay en ello otra paradoja?

Seguramente sí: análoga a la que, en general, se da entre la ética y la estética de la citación. la ética de la cita, relativa a la autoría, a los derechos simbólicos de autor, exige quizá la jerarquización del discurso, el deslindamiento de la voz propia y la voz ajena, la salvaguarda de un yo que centre y señoree el texto. La estética moderna de la cita, en cambio, como nuevamente ratificarían los textos de Musil, Eliot, etc., se debe a la confusión de las voces, de las personas enunciativas, de los horizontes socioverbales... A una sensibilidad modular o mosaica más que estructural o jerárquica. Cite seguro y certero. Y no se avergüence de exhibir obscenamente este volumen en su librería. Porque «*hay que ser absolutamente modernos*» (p. 412), y la modernidad es pornográfica.

GONZALO ABRIL

CORTI, Paola, y PIZZARROSO QUINTERO, Alejandro. *Giornali contro, «Il Legionario e «Il Garibaldino». La propaganda degli italiani nella guerra di Spagna»,* Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1993, págs. 251.

Si assiste in Italia. negli ultimi tempi, ad un rinnovato interesse per la storia spagnola e, in particolare, per quella contemporanea. Ne è testimonianza la pubblicazione, iniziata nel 1992, del semestrale «Spagna Contemporanea», la prima ri-